



## EL HOMBRE QUE NO TENÍA NOMBRE

### THE MAN WITH NO NAME

*Diego A. Giraldo\**



Quizá usted haya conocido a personas con nombres singulares: Calendario, Doriangrei, Email, Usnabi, Willisford y muchos otros –le decía un taxista a un sacerdote, mientras lo transportaba del aeropuerto a su parroquia en la ciudad de Medellín–, pero imagínese a alguien que no se llama de ninguna manera, que no tiene nombre. El siguiente caso me sucedió hace una semana, y fue tal mi impresión que siento una imperiosa necesidad de relatarlo a todos mis pasajeros.

El pasado sábado, a las doce del medio día, abordé un bus en la Terminal del Norte con dirección a La Sierra, corregimiento de Puerto Nare Antioquia. Iba a visitar a una noviecita que me conseguí meses atrás, cuando trabajaba

---

\* Licenciado en Enseñanza de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Antioquia. Especialista en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente es profesor de la Universidad de Antioquia. Dirección electrónica: [dialejo2@yahoo.com](mailto:dialejo2@yahoo.com)

como camionero y recorría diferentes poblaciones del país. El tiquete tenía el número 33. En el puesto siguiente había un hombre bastante delgado, alto y calvo por completo, con una barba espesa y descuidada, sus atuendos eran andrajosos, y en un viejo costal guardaba sus pertenencias. Lo que más me llamó la atención fue el hecho que esquivara la mirada cada vez que me dirigía a él. Sin embargo, unos minutos después de sentarme lo saludé. Pensé que, en un viaje de más de seis horas, era preferible tener a alguien con quien conversar. Comencé haciendo comentarios sobre la demora del bus en salir, los intempestivos cambios de clima y esa clase de temas apropiados para entablar una conversación con un forastero. A todo, él respondía con un simple gesto de aprobación. Nunca me miraba a los ojos. De todos modos, me presenté.

–Amador Domínguez, para servirle –le dije, al tiempo que le extendía mi mano. El hombre esquivó el saludo y se quedó pensativo. “A lo mejor viene de Bogotá”, pensé, “o de otro lugar del país, porque en Antioquia la gente no se comporta así”. Después de un tenso minuto se volvió e, inclinando la cabeza, me dijo:

–Yo no tengo nombre.

“Obviamente se trata de una chanza”, fue lo primero que pensé, y reí. El hombre permanecía inexpresivo. Al observarlo con detenimiento, se me ocurrió que podía ser cierto e imaginé cómo sería la vida de alguien que no tuviese nombre. Pensé cómo se dirigirían a él las personas, cómo haría para las cuestiones legales, qué tipo de personalidad desarrollaría. Al cabo de un rato le hablé de nuevo:

–Disculpe, hombre, pero no es fácil creer lo que me acaba de decir. Es imposible que haya alguien en el mundo que no tenga nombre, si hasta las mascotas tienen uno.

Entonces me lo explicó todo.

–Verá usted. Yo nací en la Sierra, mañana, si es la voluntad del Señor, cumpliré cuarenta años. Mi madre me tuvo soltera. Según me relató Alicia, una de mis tías, ella se dejó embaucar de un ingeniero del ferrocarril que le prometió la seca y la meca, y después de que la embarazó nunca más apareció por allá. Así que, a mi padre nadie lo conoce. A los pocos días de nacido, mi madre quiso bautizarme, “Próspero” me iba a llamar. Me compró un vestidito blanco, de marinerito, y fue conmigo a la iglesia de Nare, porque en la Sierra aún no teníamos templo. El párroco del pueblo, al enterarse de que yo era un hijo natural, se negó a darme el sacramento y le advirtió a mi madre que no podía bautizarme hasta que ella estuviese casada por la iglesia, y que, si desobedecía, una penosa calamidad caería sobre mi persona. Alicia me contó que mi madre trató desesperadamente de encontrar a un hombre para casarse, pero los muy muérganos, al enterarse de que tenía un hijo al que debían darle su apellido, desaparecían.

–Pero, entonces, ¿cómo se dirigen a usted las personas? ¿Cómo hizo para tramitar los documentos, para ir a la escuela, para las cuestiones legales? ¿Alguna identidad tendrá?

–No, no tengo ninguna identidad. Cuando estaba pequeño me decían “el bebé”, más grandecito me llamaban “el niño” y, cuando me hice hombre, me llamaban “joven” o “muchacho”. Mi madre no aceptaba que tuviese al menos un apodo. A mis seis años ella fue a matricularme en la escuela, pero no me recibieron por la cuestión del nombre. A estas alturas no sé ni leer ni escribir, ni siquiera me sé firmar, aunque, de todos modos no me serviría de nada. Los vecinos de la Sierra se acostumbraron a llamarme de cualquier manera. Mis amigos se dirigían a mí con un “¡oiga, usted!”, “¡oe, venga!”, “¡oe, mire!” o, simplemente, “¡hei!” Algunos me hacían chanzas. Recuerdo que mis dieciocho años coincidieron con la inauguración del templo de la Sierra. Mi madre mandó celebrar una misa en *mi nombre*, pero el cura, el mismo que me había impuesto la maldición, se negó a rezarla por mí, alegando que no podía ofrecerla por alguien que no estaba bautizado. La intención se cambió por las benditas ánimas del purgatorio. Después de

la misa, llegando a mi casa, unos señores gritaron: “¡Muchacho, ven acá!”. Yo acudí, pues estaba seguro de que se trataba de mí, pero fueron apareciendo todos los muchachos de la Sierra y se pusieron a reírse. A veces, al pasar cerca de un grupo de personas, escuchaba como se secreteaban diciendo: “Ahí va el que no tiene nombre”, y me miraban con ojos raros.

Otra dificultad que enfrentaba era para conseguir un empleo. Mucho tiempo viví de los mandados que les hacía a los vecinos y familiares. Yo deseaba tener un puesto importante, viajar y visitar otras poblaciones, pues la única parte que conocía, diferente a la Sierra, era Nare adonde mi madre me llevaba cada domingo a la misa o alguna fiesta religiosa. En una ocasión me fui para la fábrica de cementos con la idea de pedir trabajo, pero en la puerta me arrepentí. Qué iba yo a decir cuando me preguntaran cómo me llamaba. Para las cuestiones de salud acudía al centro de salud de la Sierra. Me atendían bajo el nombre de “el que no tiene nombre” y me llevaban un historial.

Después de que cumplí 18 años, tuve la idea de ir a San Carlos, San Luis, San Rafael, Medellín y a todos esos lugares que sólo conocía de oídas. El día siguiente de mi cumpleaños resolví irme caminando hasta San Carlos. En el camino me encontré con algunas personas que me ponían conversa. Yo escasamente les contestaba el saludo. En una de las fondas entré a tomarme un refresco. Unos señores me invitaron a una cerveza y me preguntaron el nombre. Yo bajé la cabeza y salí. Al llegar a un lugar donde no había más que selva, sentí miedo. Qué tal que algún grupo de los que controlaban la región le diera por pedirme los documentos. ¿Usted piensa que iban a creer mi historia? Entonces alargué el paso y llegué hasta la entrada de la hidroeléctrica. De allí me devolví. De regreso, no conversé con nadie, exceptuando a un camionero que me preguntó cómo llegar a la planta de energía. Me subí al camión y lo encaminé hasta allá. Me dio una buena propina. Después de eso, me quedaba todos los días a la orilla del río por donde atracaba el ferry y ofrecía guiar a todo camionero que llegaba. La mayoría iban para la hidroeléctrica. Yo los acompañaba y me pagaban bien. Así me gané la vida durante varios años. Una vez, uno de los

camioneros me pidió que entrara con él a la planta para ayudarlo a descargar el camión. Yo me alegré mucho porque iba a conocer la hidroeléctrica por dentro. Todo acabó cuando en la portería me pidieron un documento de identidad.

Una vez, observando el ferry que iba y venía de orilla a orilla del río, quise aventurarme al otro lado. Imaginé cómo serían esos lugares de los que me hablaban los camioneros: Boyacá, Santander, el resto de Antioquia y todo el país. Me subí al ferry y crucé el Magdalena. Cuando me bajé en Puerto Serviez, sentí terror de verme fuera de mi casa y regresé.

– ¿Y cómo fue que finalmente abandonó La Sierra?

–El día que cumplí 24 años, harto de que las personas me miraran con esos ojos, como si fuera un extraño, decidí coger el ferry y pasar el río para no volver. Chucho, un camionero que días atrás había encaminado hasta la hidroeléctrica, venía de vuelta y me invitó a viajar con él. Subimos el camión al ferry, pasamos el Magdalena y adiós que te vi. Cuál sería mi sorpresa cuando, recién salidos de la Sierra, Chucho dijo: “Ya estamos en el departamento de Boyacá”. Minutos después, declaró: “Ahora estamos en Santander”. Cuando, admirado, yo aún no sabía si bromeaba o hablaba en serio, añadió: “Y ahora, de nuevo en Antioquia”. Así conocí muchos lugares del país. El problema era la policía de carreteras, a cada rato nos detenía, nos requisaba y nos pedía los papeles. Teníamos que inventarnos toda clase de historias sobre mi identidad para que nos dejaran seguir. Chucho se molestaba, pero no me pedía que me fuera. Todo lo contrario, hasta me enseñó a manejar. Cuando llegábamos a una bodega, yo reversaba el camión. Varias veces me hice ilusiones de ser chofer y manejar un camión como el de Chucho, pero al recordar que no tenía nombre, el sueño se me venía abajo.

Una vez, camino a Quibdó con un *camionao* de legumbres, nos encontramos un retén militar. Para evitar problemas, dije que me llamaba Próspero y que

había perdido los papeles. Nos dejaron salir. Más adelante, el carro se varó y nos quedamos en medio de la selva, en algún lugar entre Pueblo Rico y Tadó. Esperamos mucho rato a ver si pasaba otro carro para pedirle ayuda, hasta que anocheció y nos quedamos dormidos. Cuando despertamos, teníamos los pies y las manos amarrados con unos bejucos y el carro vacío. “Es la maldición”, pensé. Chucho se puso furioso y me dijo que yo era ave de mal agüero. No había duda que había sido mi culpa. Corrí adentro de la selva, con la idea de quedarme allí para siempre. Pero unos cuantos metros adentro, comencé a sentirme más desolado todavía. Miraba esos árboles gigantes, la gruesa capa de hojas que me tragaba los pies y un ramaje tan espeso que casi me impedía caminar. El sonido de la selva era un silencio amenazador. Era como si todo el tiempo me observara un animal salvaje que esperaba el momento para hacerme su presa. Muerto del miedo, traté de subirme a uno de los árboles. Trepé unos dos metros y caí, afortunadamente sobre la capa de hojas. En esas, una serpiente de colores apareció de la nada, levantó su cabeza y me mostraba su lengua. En ese mismo instante, un enjambre de sancudos me rodeó. Salí corriendo. Sentí tanto miedo que me dio un tremendo daño de estómago. Creí haber sido contagiado de una de esas enfermedades que dan por allá. Cuando me hube recuperado, volví a la vía. Chucho ya se había ido. Me senté en una piedra y esperé varias horas hasta que pasó un camión cargado con madera. Le pedí al conductor que me llevara, a cambio, ofrecí ayudarlo a descargar el carro.

Después de que descargamos la madera en un almacén en el centro de Cali, me sorprendió ver a un hombre vistiendo unos atavíos como los que llevo ahora y un costal a la espalda, se paseaba tranquilamente por la ciudad, sin conversar con nadie, es más, noté que las personas evitaban toparse con él. Por este último detalle, fue que decidí imitarlo. De esta manera he pasado inadvertido todos estos años. Nadie me ha preguntado sobre mi identidad, ni siquiera la policía que a cada rato me hacía mudar de sitio. Me he ganado la vida cargando y descargando camiones. Cuando tenía suficiente dinero, dormía y comía en hoteles, cuando no, dormía debajo

de los puentes y pedía sobras en los restaurantes. Si me aburría en un sitio, le pedía a un camionero que me llevara a la población siguiente. Viví en Calí, Buenaventura, Cartago, Medellín y muchos otros lugares.

– ¿Y nunca se enamoró?

– Sí, una vez. En Buenaventura conocí a una jovencita mientras me bañaba en el río Dagua. Ella vendía pescado a los turistas. Yo le compré uno y conversamos un rato. Al verme vestido, se sorprendió de mis harapos y me invitó a su casa para darme ropa. Ya en su casa, cerca al puerto, me dijo que estaba recién separada. Al comienzo no le creí, porque tenía unos catorce o quince años. Me contó, además, que tenía una bebé. Ella vivía sola con la pequeña. A partir de ese día, le seguí ayudando. Yo cogía el pescado y ella lo vendía. A los pocos días, al ver que siempre me bañaba en el río, me ofreció bañarme en su casa. Terminé viviendo allá.

–¿Sucedió algo entre ustedes?

–Casi. Yo le tomé mucho cariño, porque, además de hospedarme, fue la única persona que no me pidió explicaciones cuando le dije que no tenía un nombre. Simplemente me apodó “Ángel”. Una noche, después de que volvimos de vender pescado, me fui a bañar. El calor era insoportable. Abrí el baño y me encontré con su cuerpo desnudo y mojado. Yo le pedí disculpas, pero ella, en lugar de molestarse, me cogió de una mano y me hizo entrar. Nos besamos con pasión, mientras ella me desvestía. De pronto, un gran temor se apoderó de mí. Me separé de ella, salí de la casa y abandoné Buenaventura. Nunca más volví a verla. Desde eso no me volví a enredar con nadie. Qué tal que en una de esas la muchacha quede preñada y traiga un hijo a este mundo, y que de pronto lo alcance la maldición. No lo quiera mi Dios.

Después de que *El hombre que no tenía nombre* me narrara su singular historia, le pregunté por qué había decidido regresar a la Sierra. Me relató lo siguiente:

–Primero déjeme contarle algunas cosas que usted aún ignora. Yo, a pesar de mis andanzas, me he estado comunicando con mi familia. Llamo a mi casa una o dos veces al año. El año antepasado mi madre me contó que el cura que me había puesto la maldición había muerto. Mi madre y mi tía acudieron al nuevo párroco de la Sierra y le contaron mi caso. Él les dijo que enviaran una carta al Santo Papa para que levantara la maldición, puesto que, al no estar vivo el sacerdote que me la había impuesto, el Papa era la única persona en el mundo con esa autoridad. Mi madre corrió a escribir la carta y se la envió, en mi *nombre*, a su santidad Juan Pablo II. De eso, según me contó mi tía en la última llamada, hace más de dos años, y aún no habían recibido respuesta. Pero el asunto que realmente me hace volver a la Sierra es mi madre. La última vez que hablamos la noté muy mal. Por eso voy a visitarla.

Después de más de seis horas de recorrido, habiendo pasado por Marinilla, Guarne, el Peñol, San Rafael y San Carlos llegamos a la Sierra. El bus se detuvo sobre las sepultadas líneas del ferrocarril. Llegamos unos diez pasajeros. La mayoría fueron recibidos por amigos y familiares. A mi me recibió mi novia, a quien yo había llamado para anticiparle mi visita. Ella me invitó para su casa, pero yo no quería dejar a *El hombre que no tenía nombre* solo. Ella se molestó. Traté de explicarle la situación y le dije que la visitaría más tarde, pero no entendió cómo es que la iba a dejar sola en mi primera visita y se marchó. Él, cuando bajó del bus, se quedó meditabundo, observándolo todo con sorpresa y nostalgia. Me relató cómo solía jugar con sus amigos, apostando a anticipar la llegada del tren poniendo un oído en el enriado, y otras anécdotas de su infancia. Después, caminamos poco más de una cuadra y llegamos a la iglesia. Él se persignó haciendo una humilde reverencia. Luego entró, se postró de rodillas y estuvo orando alrededor de media hora. Enseguida salimos y caminamos una cuadra más, tornamos a la izquierda y, al frente de la última casa de un callejón, se detuvo. Los vecinos del barrio nos miraban extrañados. Él, después de dudar unos instantes, tocó la puerta. Una señora de unos setenta años abrió. Antes de que él pudiera pronunciar palabra, ella dijo:

–Que pena señor, pero no tengo nada que darle –y cerró la puerta.

Él apretó fuertemente los labios como para no llorar e hizo ademán de salir corriendo. Yo se lo impedí.

–Espere –le dije–. Es normal que en su casa no lo reconozcan y lo confundan con un indigente, pues, con todo respeto, su aspecto no da otra cosa que pensar. Permítame yo hablo con su madre y la pongo al tanto.

–Ella no es mi madre, es mi tía -se apresuró a responder.

–Pero ¿qué dice? ¿Me permite intentarlo?

–Hágalo, que no hay peor cosa en la vida que a uno lo traten como extraño en su propia casa.

Toqué de nuevo y, antes de que su tía me cerrara la puerta, le aclaré:

–Vengo de parte de su sobrino, *El que no tiene nombre*.

Con una expresión de asombro en su rostro, me tomó de la mano y, haciéndome toda clase de preguntas, me hizo seguir.

–¿Qué le pasó a mi sobrino?, ¿usted cómo es que lo conoce?, ¿en dónde se encuentra?, ¿le sucedió algo grave?

La tranquilicé y le narré cómo lo había conocido horas antes al abordar el bus en la terminal del Norte de Medellín. Luego le dije que él había viajado conmigo hasta la Sierra y estaba afuera de su casa, era el mismo que minutos antes había tocado la puerta y ella se la había cerrado diciéndole que no tenía nada que darle. Alicia se lanzó a la calle y buscó a su sobrino. Lo abrazó. Lloraron. Luego entraron a la casa. Mientras le hacía múltiples preguntas, nos preparó algo de comer. De pronto se miraron. Hubo un profundo silencio. Parecía como si entre ellos hubiera una conversación

que yo no comprendía. Se abrazaron de nuevo. Lloraron de nuevo. En seguida me enteré de que se trataba de la madre de él, había muerto unas semanas atrás. Alicia trataba de consolarlo dándole una buena noticia.

– ¿Recuerdas que yo te mencioné por teléfono sobre una carta que tu madre había enviado al santo Papa? Pues la respuesta, aunque tardó más de lo que suponíamos, llegó. Su madre la recibió. Fue tanta su alegría que la emoción le causó un derrame. Estuvo esperando tu regreso por mucho tiempo. Ella quería darte la noticia personalmente, pero hace dos semanas se agravó y murió. Espera un momento –añadió-. No todo es tan malo. Alicia se fue a una habitación y volvió con un sobre rotulado de la santa sede. Sacó una carta y se la entregó. Él, a su vez, me la entregó a mí y me pidió la leyese. Decía así:

*Vaticano, 2 de Febrero de 2005*

#### CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

A mi querido hermano:

“El Que No Tiene Nombre”

Me dirijo a usted para responderle la carta en la que expone el impedimento de su bautizo por precepto de un Sacerdote de la Santa Iglesia Católica.

La situación que usted plantea me ha extrañado a lo sumo. El Bautismo es el regalo más grande que unos padres pueden darle a su hijo. Cuando un ser nace, debe recibir lo más pronto posible este sagrado sacramento. El Bautismo es la llave con la cual el hombre entra a hacer parte de la Santa Iglesia Católica y convierte su cuerpo en templo del Espíritu Santo. El Bautismo fue instituido por los antiguos profetas de Dios y recreado por Jesucristo: *Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el*

*nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28:19). ¡Nadie tiene derecho a negarle este sacramento! Si el sacerdote al cual usted hace mención ha fallecido, yo declaro que usted, *El Que No Tiene Nombre*, sea bautizado cuanto antes por un Ministro de la Santa Iglesia Católica.*

Que con la bendición de Dios Padre, Jesús Hijo, El Espíritu Santo y la intersección de María Santísima, usted reciba con prontitud éste y los demás sacramentos otorgados a cada Cristiano.

¡Amén!

Joannes Paulus II

El hombre se quedó inmóvil, como queriendo llorar de tristeza y gritar de alegría a la vez. Alicia llamó a otros familiares quienes, al reconocerlo, trajeron licor e hicieron una fiesta. *El hombre que no tenía nombre* narró anécdotas de su estadía y recorridos por diferentes lugares del país.

Al día siguiente, Alicia me despertó muy temprano y me pidió la acompañase. Nos dirigimos a la iglesia. Ella abordó al párroco de la Sierra y le hizo entrega de la carta firmada por el Santo Papa. Le pidió al sacerdote que bautizara a su sobrino ese mismo día. Él aceptó hacerlo en la misa de las doce. En el corregimiento hubo perifoneo invitando a una ceremonia especial. No se supo quién se encargó de eso, los familiares dijeron no haberlo hecho. La iglesia se llenó. Fue adornada con bombas y cintas de colores alegres. Después nos enteramos de que el mismo párroco había mandado hacer el perifoneo y los arreglos. Manifestó sentirse apenado por todas las penurias que ese hombre había sufrido debido a la maldición impuesta por uno de

sus colegas. El bautizo sucedió en un ambiente de fiesta. Alicia y yo fuimos los padrinos. Mi novia acudió y, al contarle la historia de *El hombre que no tenía nombre*, nos reconciliamos.

En mitad de la misa, el sacerdote llamó a El hombre al frente. Luego nos invitó a Alicia y a mí y nos pidió que pusiéramos nuestra mano derecha en su hombro. El padre tomó una jarra con agua, leyó las palabras sagradas, derramó tres veces agua en su cabeza y le impuso un nombre. En seguida, El hombre me miró fijamente a los ojos, estiró su mano derecha y, apretándola fuertemente contra la mía a la vez que la agitaba con energía, declaró:

–Próspero Arango, para servirle.

En la localidad hubo una gran celebración. Todos querían saludarlo.

Comenzando la noche, por la ventana de una de las habitaciones del hospedaje de doña Carlota, observé, con mi noviecita, como él le extendía su mano al último habitante de la Sierra. Mientras la sacudía con vigor, dijo con voz firme y enérgica:

–Prospero Arango, un amigo más.

Y cerré la ventana. 